

ARGENTINA: UNA MACROECONOMIA DE LUJO

Frente a los números que muestra la marcha de la economía nacional durante los últimos dos años, hay quienes se entusiasman y ya hablan del nuevo milagro argentino. Las resonantes cifras del aumento del PBI, del enorme superávit fiscal y de los sostenidos saldos favorables de la balanza comercial, se potencian con la euforia de los anuncios oficiales sobre los resultados del canje de la deuda externa. También se suman a este idílico panorama nacional, algunos datos sobre la reducción de la desocupación y la subocupación, que estarían confirmando la rauda marcha de nuestra nave económica.

Sin embargo, quienes acostumbramos a mirar la realidad más en profundidad, y no nos quedamos con lo que se ve en la superficie, notamos un panorama diferente. Por un lado, pareciera que el manejo oficial de los números en lugar de mostrar la realidad, a veces actúa como un velo que esconde los fenómenos adversos. Y por otro lado, está la cuestión del significado de muchas variables macroeconómicas, que dan lugar a interpretaciones equivocadas sobre su verdadera naturaleza.

Es cierto que el PBI de la Argentina ha crecido a un ritmo elevado en los años 2003 y 2004, al punto que ese crecimiento aparece entre los más altos del mundo. Sólo que se omite en este caso, cuál fue el punto de partida para comparar esa evolución. Y es que, en realidad, se parte de un punto de comparación inicial que nos había ubicado en el fondo del abismo, ya que durante el año 2002 se dio una caída histórica del PBI (casi 12 % inferior al año 2001) y que además ya venía retrocediendo desde el año 1998 (inicio del último período recesivo que atravesó nuestra economía).

Tampoco se habla, y no por casualidad, de una medida más exacta de la producción real de riquezas, que es el PBI per capita, que considera no sólo lo que se produce en total, sino su relación con la cantidad de habitantes. Si se usara ese indicador, los números no serían tan espectaculares (estaríamos al nivel de hace 30 años). Finalmente, no se compara con tanto énfasis el PBI del año 2004 con el del año 1998, ya que en tal caso se vería que todavía las cifras no han logrado ni siquiera recuperar el nivel de seis años atrás.

Sobre el significado del PBI como indicador de la actividad económica hay también muchas críticas, ya que por su forma de cálculo oculta gran parte de la realidad y da lugar a interpretaciones equivocadas sobre la salud del sistema económico y social. Esta variable (la más “popular” de las usadas por los economistas y los medios de comunicación), no dice nada sobre qué producimos, cómo lo producimos, qué se destruye para hacerlo, cómo se distribuye lo producido, etc, etc. Y no contempla, tampoco, un conjunto de actividades que no tienen valor para el mercado.

En relación al enorme superávit fiscal logrado por el gobierno nacional, que en su nivel primario del año 2004 se aproximó a los veinte mil millones de pesos, no habría mucho para festejar. Acá aparecen distorsiones y confusiones que para los anuncios oficiales no vale la pena aclarar. Se da por sentado que todo superávit fiscal es positivo, sólo porque los ingresos totales del sector público nacional superan a los gastos totales (sin considerar los intereses de la deuda). Pero no se hace un análisis de los costos que se generaron y los problemas que se causaron para llegar a esa cifra “maravillosa”, como ser el deterioro salarial, el colapso de los servicios públicos, etc.

Así, por ejemplo, ¿de qué le vale al Estado nacional tener tanto ahorro, si a la vez asistimos a una situación social de graves y masivas carencias? ¿De qué vale tener un ahorro elevado y sostenido en el tiempo, a costa de un creciente empeoramiento social?

¿Por qué no se informa, por ejemplo, que los jubilados, los pensionados y los trabajadores estatales, han perdido poder adquisitivo durante los años 2002 a 2004, por una suma superior a los ochenta mil millones de pesos? Ese fue el factor principal que permitió reducir los gastos reales (a un nivel donde el propio López Murphi parece un bebé de pecho), y tener ese fuerte superávit fiscal (que ni los economistas más ortodoxos lo hubieran jamás imaginado). Tampoco se menciona la caída real de los fondos asignados a la educación universitaria, o a fines de desarrollo científico y tecnológico.

Si miramos al sector externo, también llegamos a conclusiones similares. Se sostiene que las cuentas de la balanza comercial y de transacciones corrientes han mejorado en forma sustancial. La Argentina viene generando miles y miles de millones de dólares por el saldo favorable de ambas, lo que permite un alivio en la situación de nuestras reservas de divisas, y permite también sostener el tipo de cambio sin mayores variaciones. Esto a su vez llevó tranquilidad, desde fines del 2002, a la estampida inicial de precios que hubo luego de la devaluación de principios del 2001.

Pero acá hay también algunos interrogantes. ¿Cómo se logró alcanzar ese fuerte superávit comercial? Hubo un componente importante vinculado a los precios internacionales de los productos básicos, que llevaron a una mejora para nuestro país en los términos del intercambio, y esto no tuvo nada que ver con logros de la política económica. Además, el mayor superávit comercial se produjo en el año 2002, y fue el resultado de una profunda depresión, que tuvo nefastas consecuencias económicas y sociales.

De allí que se puede afirmar que no siempre ni cualquier superávit comercial es positivo o favorable para la sociedad (aunque los números de la diferencia entre exportaciones e importaciones sí lo sean). Siguiendo con las dudas, ¿lograr un superávit de la balanza comercial, es un fin en sí mismo, o es un medio para lograr algún fin más importante?.

Por ejemplo, ¿de qué le valdría a un país exportar todo lo que produce, e importar mucho menos de lo que exporta, si ello puede generar una sociedad empobrecida, que no puede consumir el fruto de su esfuerzo? O más concretamente, ¿cómo puede ser que la Argentina, una de las grandes potencias exportadoras de alimentos, tiene varios millones de argentinos viviendo en la indigencia y sin recursos siquiera para comer?

Hay muchas otras variables que se manejan en forma mediática con bastante ligereza (y a veces en forma malintencionada). Por ejemplo, sobre el desempleo y los métodos para su medición. Es cierto que ha venido bajando en forma sostenida, pero las cifras que se informan son engañosas. En primer lugar, se comparan con el año 2002, que fue récord histórico, en medio del caos y la desintegración económica nacional. En cambio, si se comparan con las cifras promedios de la década del 90, la impresión sería diferente.

No se aclara (y esto es intencional) que entre los ocupados se cuentan a quienes reciben el beneficio del Plan Jefas y Jefes de Hogar, lo que es incorrecto y resta artificialmente más de cuatro puntos porcentuales al desempleo. Continuando con la cuestión metodológica, en general se desconoce que hay muchos que sin ser ocupados aparecen como tales en las estadísticas (los que trabajaron en alguna changa una hora en toda la semana, o ayudaron con su trabajo no remunerado a un familiar, etc). Ni se muestran los ocupados ocultos (desalentados que ya no buscan activamente trabajo), que suman cientos de miles, y no existen como tales para las estadísticas.

Pero además, entre quienes han conseguido trabajo en los últimos dos años, hay un predominio absoluto de empleos precarios y mal remunerados, que es el resultado normal de la situación del masivo desempleo existente. En resumen, más ocupados, peor remunerados.

Entonces se llega al absurdo de comprobar que aunque se produzca una suba del empleo, la pobreza en la Argentina sigue estando en niveles aberrantes, ya que alcanza a casi la mitad de la población total. Claro, considerando que en una economía de mercado sólo existe la demanda solvente, el que no trabaja se muere por inanición. Por eso se acepta trabajar, aunque lo que se reciba como pago sea una miseria.

Cuando hablamos de economía, hacemos referencia a un plano de la realidad social que tiene relación con el proceso de producción y distribución de la riqueza social, es decir, con la base material que debe permitir a la población vivir dignamente. Sólo que el PBI como indicador no muestra claramente esa realidad (más bien la esconde). Y algunas variables habituales, como el resultado fiscal o las cuentas del sector externo, no sirven como muestras de objetivos de bienestar, sino que pueden dar cifras positivas y paralelamente realidades sociales negativas.

En cambio, indicadores como la cantidad de habitantes que viven por debajo de la línea de pobreza o de indigencia, o las cifras sobre la distribución del ingreso funcional o personal, son bastante más elocuentes para evaluar la salud de un sistema socioeconómico. En tal sentido, los niveles de pobreza que se han instalado en la Argentina a partir de la devaluación no tienen precedentes en nuestra historia, como tampoco el número de compatriotas que sobreviven sin los recursos mínimos ni siquiera para alimentarse.

Tampoco hay mucho para alegrarse si observamos la forma de distribución del ingreso y su evolución en los últimos años. Desde 2002 viene aumentando la brecha de la desigualdad social, y la distancia entre el decil de la población de menores ingresos y el de ingresos más elevados, ha sido superior de uno a treinta (distribución personal). Si hablamos de distribución funcional del ingreso, la participación del trabajo dentro de la renta nacional ha disminuido a niveles que no se veían desde principio de los años 40 del siglo XX.

Finalmente, y como muestra que sintetiza esta enorme contradicción, que pone al descubierto la falacia de hablar de crecimiento cuando lo que interesa en realidad es el desarrollo, destacamos que mientras se produce un saqueo fenomenal de riquezas a través de las remesas de utilidades de las empresas extranjeras radicadas en el país y del pago de intereses por la deuda externa, y vía la gigantesca fuga de capitales (donde los residentes argentinos tienen en el exterior valores que superan a nuestras obligaciones externas); cada año mueren en la Argentina más de treinta mil personas por causas evitables, relacionadas a la crisis y al proyecto socioeconómico genocida.

¿Cómo se explica que uno de los países más ricos del mundo por sus recursos naturales, con una trayectoria de notable avance social durante varias décadas, que tuvo una sociedad con masiva movilidad social ascendente y con una clase media de las más extendidas del continente, con un sistema educativo que fue ejemplo en el mundo, y que produce alimentos para más de trescientos millones de personas; muestre esos datos de retroceso y regresión sin precedentes, y no pueda garantizar una vida digna a menos de cuarenta millones de habitantes?

Esta situación estructural es producto no sólo de malas políticas económicas, sino de un proceso histórico, político y social, que tiene antecedentes lejanos en la modalidad de conformación de nuestro sistema, y otros más cercanos en el tiempo, vinculados a la aplicación de un modelo denominado por algunos como neoliberal, y por nosotros, como un proyecto de concentración, saqueo y genocidio, que se iniciara con la última dictadura militar en 1976, y continuara luego durante la vigencia de la democracia.

Lo importante es cambiar esta realidad, y para ello primera hay que conocerla.